

**Fernando Pessoa**

## Libro del desasosiego

Notas de lectura: De la rua dos douradores a nada dores



[j.emilio.sola@gmail.com](mailto:j.emilio.sola@gmail.com)

Colección: Bibliografía recomendada, Nadadores, Clásicos mínimos,  
Fecha de Publicación: 04/08/2020 y 10/08/2020  
Número de páginas: 24  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

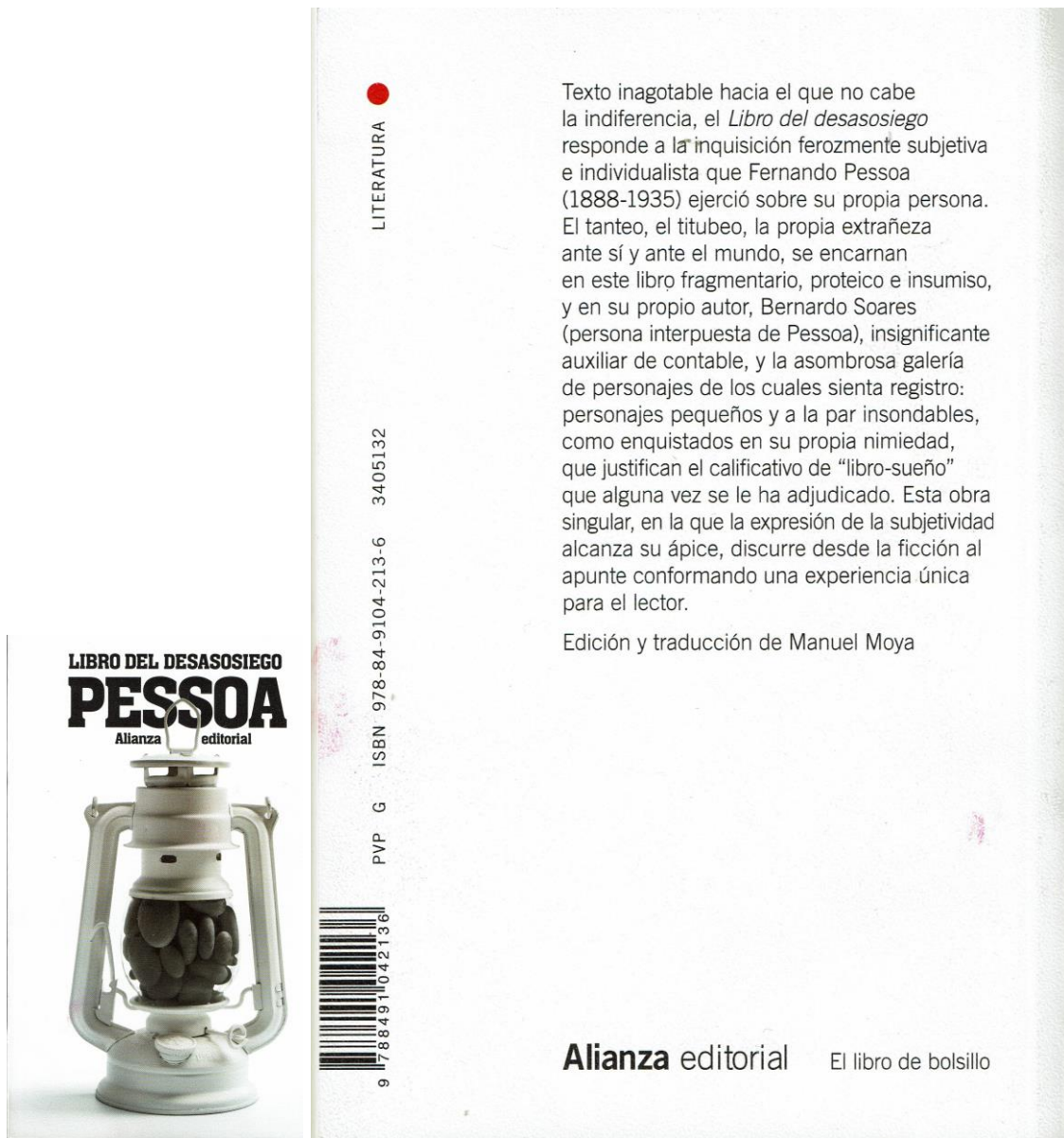
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## Fernando Pessoa: Libro del desasosiego

Traducción y edición de Manuel Moya

Madrid, 2016 (5º reimpresión, 2019), Alianza Editorial



Un libro, si no no-libro, de Fernando Pessoa (1888-1935), póstumo, uno de sus “proyectos más persistentes y complejos”, en palabras del editor y traductor Manuel Moya. La primera edición en portugués en 1982 fue fruto del trabajo de un grupo de expertos en su obra, y dos años después Ángel Crespo publica la primera edición en español, muy valorada por los portugueses mismos que consideran que el trabajo de Crespo consigue articular los fragmentos pessoanos en un libro, de alguna manera. Pessoa relaciona el texto con uno de sus heterónimos, Bernardo Soares, que para Crespo es el más ortónimo de todos los suyos, el más Pessoa mismo. Pero es un libro – o no-libro, tal vez, mejor – abierto a reorganización permanente por los pessoanos

internacionales, una invitación, pues, a la recreación literaria. Son dos series de textos, la primera escrita entre 1913 y 1920, sin referencias temporales, la segunda escrita entre 1929 y 1935, con fragmentos minuciosamente fechados. En esta edición de Moya, del inicio al fragmento 125 la primera serie, del fragmento 126 al final, fragmento 531, la segunda de ellas. Quede ahí. Curiosidades.

El arranque de ese más de medio millar de fragmentos es contundente:

Nací en un tiempo en el que la mayoría de los jóvenes habían perdido la creencia en Dios, por la misma razón por la que sus mayores la habían tenido –sin saber por qué -. Entonces, porque el espíritu humano tiende naturalmente a criticar porque siente y no porque piense, la mayoría de esos jóvenes escogió la Humanidad como sucedáneo de Dios.  
(fr. 1).

Un arranque, desde mi punto de vista actual, algo anticuado ya. En el momento de terminar la lectura del *Libro do desassossego*, su título en portugués, me disgustó no haber encontrado entre sus páginas ninguna alusión a la natación, a los Nadadores, aunque comprendí que la vitalidad de Pessoa/Soares en ese libro nada tenía que ver con la vitalidad física y corporal, gimnástica, que se recogía o resumía en la figura o metáfora del Nadador, sino que aludía a algo más íntimo, interior, del alma, casi antigimnástico de alguna manera. Y sin embargo, lo veía integrante misteriosamente de esa serie sobre Nadadores del Archivo de la frontera en el que deseaba incluirlo. Y más aún cuando, al planear un posible futuro texto narrativo a raíz de un sueño raro que recordé del día mismo del fin de esa lectura, supe que estaba relacionado con ese libro pessoano que casi me había desagradado y que explica bien esa fascinación:

“Nunca y nada. Había terminado de leer el Libro del Desasosiego de Pessoa el portugués. Era un libro en el que no aparecían Nadadores, un libro torturado o atormentado, casi desagradable en ocasiones; pero misteriosamente muy atractivo, con esa obsesión en la calle lisboeta en donde estaba físicamente su oficina de trabajo rutinario de contable, la rua dos Douradores. Esa palabra era mágica. En la base de mi obsesión por los Nadadores, estaba la asociación Nada Dores, una suerte de emblema de la claridad, de la Verdad, de la Casa de Cristal soñada como emblema o metáfora de una nueva realidad. Aquella nueva realidad de la que todos estaban hablando como salida de la “pandemia” que decían, del capitalismo siempre moribundo y siempre devorador al final, que parecía que se desbordaba a sí mismo para luego renacer con mayor fuerza, con mayor perversión. Al terminar el Libro del desasosiego supe que debía

construir una nota para la serie Nadadores, convirtiendo el sustantivo pessoano Nada en Verbo.”

Y ahí comenzó mi conversión de la prosa pessoana en ensayo poemático caprichoso mío, con palabras suyas, una de mis especialidades favoritas, y por orden de aparición. A ver qué pasaba, a la búsqueda del alma del libro, a la búsqueda del hondón del hondón de Pessoa/Soares, del hondón de mi hondón al fin. En su honor.

## I PARTE

### 1913-1920: motor de arranque

Un primer envite, a sus 125 fragmentos primeros, los correspondientes a los años 1913-1920 de escritura.

La Decadencia es la pérdida total de la inconsciencia, pues la inconsciencia es el fundamento de la vida. Si el corazón pudiera pensar, se detendría.

Considero la vida un apeadero donde tengo que esperar hasta que llegue la diligencia del abismo. No tengo ni idea de hacia dónde me ha de llevar, pues no tengo idea de nada.

Y aquí mi primer sustantivo nada que al convertirlo en verbo, se convierte en una orden para vivir: no tienes ni idea de (de cualquier cosa de la vida), por ello, nada. Nada de nadar del Nadador. Ese es el Pessoa nadador que andaba buscando: claro que estaba ahí...

Estos dos fragmentos pertenecen al fragmento 1, el fragmento 2, “Peristilo”, es todo él un poemazo más, “...en el silencio de mi desasosiego, este libro extraño...”, “te ofrezco este libro porque sé que es bello e inútil...” “Nada enseña, nada hace creer, nada hace sentir...” “Y porque este libro es absurdo, lo amo...” “Versos, prosas que no pueden escribirse, sino solo soñarse...” Y así. Corro el peligro de convertirme en un Pierre Menard intentando evocar un Quijote ideal... Cuando mi primera impresión era la de que no me había convencido demasiado el libro de Pessoa. Espejismos. Autoengaños.

Del fragmento 3:

¿Por qué es bello el arte? Porque es inútil.  
¿Por qué es tan fea la vida? Porque en ella todo son fines y propósitos.  
Todos sus caminos conducen de un punto hasta otro punto.  
¡Ojalá hubiera un camino hecho en un lugar  
donde nadie parta hacia otro lugar al que nadie va!

De un viejo verso propio: “De un campo a otro campo, y tras un muro el mar”... Sueño pessoano. Y de otro verso propio: “Partir es no querer

llegar". La máquina cerebral-sensible está en marcha. Sólo hay que conseguir que no se desboque. Y mis intuiciones poéticas de la belleza inconsciente como la máxima belleza, a la vez que la belleza no es posible si no es posible la vida, pues de ella depende y en ella está.

En el fragmento 14, el Pessoa más zen y oriental, más taoísta tal vez, más sugestivo:

No querer comprender, no analizar... Verse a uno mismo como a la Naturaleza; observar sus propias impresiones como quien observa un campo – esto es la sabiduría.

Un Pessoa básico, universal, como el del arranque del fragmento 17, acariciando el mito de la Edad de Oro, fuente de inspiración clásica, cervantina, shakespeariana, camoesiana, aquí mezclada con una nostalgia primitivista muy ambigua y de época, con cierto regusto anarquista o ácrata...:

Me agradaría construir un código de inercia para los seres superiores en las sociedades modernas.

La sociedad se gobernaría espontáneamente a sí misma, si en ella no hubiese gente con sensibilidad e inteligencia. Crean que es lo único que la perjudica. Las sociedades primitivas tenían una feliz existencia más o menos así.

Primera aproximación esencial.

## Las letanías de Nuestra señora del silencio

El fragmento 38 integra una letanía paródica de las letanías de las oraciones vocales de las religiones clásicas que pueden llevar a sus recitadores a un enervamiento místico-nirvánico, si se pudiera concebir así. La recogemos por extenso.

Mi vida es tan triste, y sin embargo no pienso en lamentarla;  
mis horas tan falsas, mas ni siquiera sueño en hacerlas añicos.

¿Cómo no soñarte? ¿Cómo no soñarte?  
Señora de las Horas que Pasan, Madre de las Aguas estancadas  
y de las algas muertas, Diosa tutelar de los extensos desiertos  
y de los negros paisajes rocosos y estériles...  
- líbrame de mi juventud.

Consoladora de quienes no hallan consuelo, Lágrima  
de quienes nunca lloran, Hora que nunca suena  
– líbrame de la alegría y la felicidad.

Opio de todos los silencios, Lira que nunca se tañe,

Vitral de lejanía y de abandono

– haz que sea odiado por los hombres y vilipendiado por las mujeres.

Címbalo de la Extremaunción, Caricia sin gesto,  
Paloma muerta en la sombra, Óleo de las horas pasadas  
en la inconsciencia

– líbrame de la religión porque es débil y de la incredulidad  
porque es fuerte.

Lirio que rompe la tarde, Cofre de las Rosas marchitas,  
Silencio entre oraciones

– lléname de tedio de vivir, de odio por estar sano,  
de desprecio por mi juventud.

¡Hazme inútil y estéril, oh Acogedora de todos los vagos sueños;  
hazme puro sin una razón para serlo y falso sin que yo lo quiera,  
oh Agua Corriente de las Tristezas Vividas, que mi boca  
sea un paisaje helado, mis ojos dos lagos muertos, mis gestos  
un deshojarse lento de árboles viejos!

- ¡oh Letanía de los Desasosiegos,  
oh Misa-Morada del Cansancio, oh Corola, oh Fluido, oh Ascensión!...

Qué pena rezarte como mujer y no quererte [] como a hombre,  
y no poder alzar los ojos de mi sueño como Aurora-invertida  
del sexo irreal de los ángeles que jamás entraron en el Cielo!

Baste con este fragmento como muestra, pero sigue por estos caminos  
con perfiles de esoterismo que hacen comprensible, por ejemplo, que en  
la visita del demonólogo y maldito Alister Crowley a Lisboa su única  
referencia y visita fuera Pessoa.

“Esplendor de la nada, nombre del abismo, sosiego del Más Allá.  
Virgen Eterna anterior a los dioses y a los padres de los dioses...,  
infecunda de todos los mundos, estéril de todas las almas...”

Y termina con esa alusión a la Isla lejana, sueño de cualquier Nadador...

Hoy eres, si acaso, el perfil creado de este libro,  
una hora encarnada y separada de las demás horas.  
Si tuviera la certeza de lo que eres, crearía una religión  
sobre el sueño de amarte.

Eres lo que falta a todo. Eres  
lo que falta a cada cosa para poder amarla por siempre.  
Llave extraviada de las puertas del Templo, camino encubierto  
del Palacio, Isla lejana que la bruma nunca deja ver...

Esta letanía en honor de esa Virgen misteriosa del silencio, Virgen  
anterior a los dioses, una suerte de Diosa Blanca de un matriarcado

primigenio, termina ahí con una continuación (frag. 39) acorde a ese espíritu original: “Benditos quienes no confían su vida a nadie”; que se continúa con esa orfandad total del hombre contemporáneo descreído de todos los argumentos de autoridad imaginables y al fin libre (fr. 40):

Nunca tuve a nadie a quien poder llamar “Maestro”.  
Ningún Cristo ha muerto por mí.  
Ningún Buda me ha indicado senda alguna.  
En lo más alto de mis sueños ningún Apolo o Atenea  
se me ha aparecido para alumbrarme el alma.

Con esas premisas de orfandad y libertad total contemporánea pudiera llegarse a la Gran Inversión soñada a la sombra de una nueva edad de oro, como la formulada levemente (frag. 43, “Notas para una pauta de vida”) así:

Necesitar el dominio sobre los demás es necesitar de los demás.  
El jefe es un subalterno.

De ese perfil próximo al anarquismo, con el que tiene en común buscar ese otro mundo posible en las antípodas del presente decepcionante, el autor Pessoa/Soares parece que siente la necesidad de desmarcarse (fr. 50, “Declaración de diferencia”) en aras de su deseo de estar en los márgenes, en los “resquicios de las clases”, pues el anarquismo pertenece a una clase que no es la suya, es un fenómeno histórico concreto temporal y espacialmente bien definido. Y ese “nosotros” al que alude el autor es un hombre de frontera, de alguna manera, sin pretensiones de “ascenso social” y por ello atemporal, tal vez más próximo a una bohemia desclasada del momento, caldo de cultivo de disidencias y heterodoxias varias.

Seríamos anarquistas si hubiéramos nacido en esa clase que se denomina a sí misma como desprotegida o en otra cualquiera donde fuera posible subir o bajar. Pero nosotros somos, por lo general, criaturas nacidas en los resquicios de las clases y de las divisiones sociales, casi siempre en ese espacio de decadencia situado entre la (alta) burguesía y la aristocracia, el lugar social de los locos y los genios con quien uno puede simpatizar.

Nos desorienta la acción, debido en parte a nuestra incompetencia física, pero sobre todo por inapetencia moral.  
Hacer algo parécenos inmoral.  
El pensamiento se degrada cuando lo pasamos a palabras, lo que lo convierte en cosa de otros, haciéndolo comprensible a quienes lo comprenden.

Sentimos gran simpatía por el ocultismo y por las artes de lo encubierto.  
No somos, no obstante, ocultistas. Nos falta para eso



la voluntad innata e incluso la paciencia para educarla,  
de manera que sea un perfecto instrumento  
e magos y de embaucadores.

Ese lugar de nadie, desclasado, al margen de los grupos sociales,  
territorio de locos y de genios, “¡Este eterno estar justo donde se  
bifurcan los caminos...” y “Zumba una mosca, incierta y mínima...”  
(frag.52).

## Segunda letanía, mares del sur y naves remotas

Ese descoloque de la existencia fragua en otra nueva letanía, muy  
diferente de la anterior a la Virgen del silencio, en la “Sinfonía de una  
noche inquieta” (frag. 55).

Los ocasos de las antiguas ciudades con tradiciones desconocidas,  
escritas sobre las piedras negras de los pesados edificios;  
las alboradas temblorosas sobre las campiñas inundadas,  
pantanosas, húmedas como el aire antes del sol; las callejas,  
donde todo es posible, las pesada arcas de los salones vetustos;  
el pozo al fondo de la finca bajo la luna; la carta fechada  
de los primeros amores de esa abuela nuestra que no llegamos a conocer;  
el moho de los cuartos donde se amontona el pasado; la espingarda  
que ya nadie hoy sabe usar; la fiebre  
en las tardes calientes asomada a la ventana;  
ni un alma en los caminos; el sueño sobresaltado;  
la molestia que se extiende por las viñas; campanas;  
la tristeza claustal de vivir...  
Hora de bendecir tus sutiles manos... La caricia no llega,  
la piedra del anillo sangra en la penumbra...  
Fiestas religiosas sin fe en el alma: la belleza material  
de los santos toscos y feos, pasiones románticas sólo de pensar  
que se tienen, el chero del mar en la noche ya entrada  
sobre los muelles de la ciudad humedecida por el frío...  
[...]

Playa al sol y la fiebre en mí... El mar que luce  
mi angustia en la garganta... Las velas a lo lejos  
y cómo avanzan en mi fiebre... En la fiebre las escaleras de la playa...  
Calor en la brisa fresca, transmarina, *mare vorax*, *minax*, *mare tenebrosum*  
– la noche oscura allá lejos para los argonautas y mi cabeza ardiendo  
en las carabelas primitivas...

Todo es de los demás, salvo la desazón de no tenerlo.

Una letanía más táctil y próxima, más dramática si cabe que la anterior,  
que termina con la añoranza materna: “y no hay calor de brazos soñados  
alrededor del cuello materno...” Ese drama pessoano de la orfandad  
prematura latente en tantos rincones de su tristeza. Hasta esa sentencia



de la “Marcha fúnebre” (frag. 78): “Lo inmortal es un Deseo y lo eterno una ilusión”.

El hombre de la rua dos Douradores se aproxima al Nada Dores del emblema del Nadador, con su añoranza de mares del sur y naves remotas. Así, el fragmento 95 es elocuente en su fragmentariedad y en su brevedad:

¿Qué reina imperiosa protege en las orillas de sus lagos  
la memoria de mi vida pretérita? Fui el paje  
de las alamedas insuficientes a ratos, aves de mi azul sosiego.  
Naves remotas contemplaron el mar en el ondear de mis terrazas  
y en las nubes del sur he perdido mi alma,  
como un remo debajo en el agua.

En esas islas y nubes del sur, esas naves remotas, “los regresos a la libertad primigenia, la nostalgia de los dioses, las memorias...” y “el reposo, la muerte, el todo o nada que estrecha como un mar grande la isla de náufragos que es la vida” (frag. 106), que termina:

Y me dormía sin sueño, alejado de cuanto sentía,  
crepúsculo de mí mismo, sonido del agua en la arboleda,  
quietud de los grandes ríos, frescor de las tardes tristes,  
lento respirar del pecho blanco del sueño de la infancia contemplada.

“Escribo para huir y refugiarme” (frag. 117), que termina en uno de los hondones de la melancolía:

De lo que he pensado, de lo que he sentido,  
sólo sobreviven unas ganas inútiles de llorar.

Y el hombre de la rúa dos Douradores, termina en el Nada-Nunca, en el Nada Dores (frag. 118), del pie a tierra de un náufrago, como cierre de esa primera serie (1913-1929) de fragmentos que coinciden en el tiempo de su redacción con aquella locura que llamaron los historiadores primera guerra mundial, sin duda translucida en estas páginas translúcidas, por seguir jugando con las palabras.

Y me detengo como la pluma y trazo el camino de mi reclinar  
sin ligazón alguna, lejano, intermediario y súcubo, terminal  
como un náufrago ahogándose a la vista de las islas maravillosas,  
en esos mismos mares dorados de violeta que yo soñara  
en lechos remotos.

Para quien prefiere el sueño a la vida, esos sueños en los lechos remotos, sin duda de la infancia de la vida inconsciente, de la belleza.

\*\*\*

## II PARTE 1929-1935

Entre 1929 y 1935 Pessoa escribió la segunda serie de textos, iniciadas en el fragmento 126 de esta edición, que titula precisamente “Fragmentos para una autobiografía”. Otro tiempo global marcado por la desdicha de la Gran Depresión, como el tiempo de la primera serie lo estuvo por la primera guerra mundial, la Gran Guerra. No sería extraño que, a pesar de la voluntad de atemporalidad de estos textos en la mayoría de los casos, su tiempo histórico le afectara bastante, pues no era un tiempo anodino en absoluto sino bastante contundente: la gran depresión y el ascenso del fascismo y el nazismo... Y más al ser muy significativo, en este sentido, el hecho de que fechara sus fragmentos en esta segunda serie, aunque en esta edición no aparezca ese detalle. En fin, sigamos con el Pessoa/ Soares intemporal del libro del desasosiego.

Un barco parece un objeto cuyo fin es navegar,  
pero su fin último no es navegar, sino arribar a un puerto.  
Nosotros navegamos sin una idea concreta del puerto  
que nos debe acoger. Reproducimos así, de manera dolorosa,  
la fórmula aventurera de los argonautas: navegar es preciso, vivir no.

El fragmento anterior, del fragmento 129 – fragmentos de fragmentos, de eso va esta lectura desde la rua dos Douradores a la cauta premisa del Nada Dores – va seguido por otros dos que pueden significar un deseo de historicidad desde el arranque del frag. 130:

Cuando la generación a la que pertenezco nació,  
encontró el mundo desprovisto de apoyos para quien tuviese  
cerebro y corazón al mismo tiempo. El trabajo destructivo  
de las generaciones anteriores hizo que el mundo para el que nacimos  
no tuviera ya esa seguridad que nos diera el orden religioso, ni sostén  
que nos diera un orden moral, ni la tranquilidad que nos diera  
un orden político. Nacimos ya en plena angustia metafísica,  
en plena angustia moral, en pleno desasosiego político.  
[...]

Ebrias por esa cosa que llamaron “positivismo”, esas generaciones  
criticaron toda la moral, escudriñaron las reglas de vida,  
y de tal choque de doctrinas quedó solo la evidencia de ninguna  
y el dolor de no contar con una sola certeza. Una sociedad así,  
indisciplinada en sus fundamentos culturales, no podía ser, es evidente,  
sino víctima política de esa indisciplina. Y fue así como nos despertamos  
en un mundo ávido de novedades sociales y que alegremente se lanzaba  
hacia la conquista de una libertad que no se sabía muy bien lo que era  
y de un progreso que jamás pudo definir.

Gran lucidez, desde hoy mismo, siglo XXI ya, a un siglo casi vista de la reflexión del portugués lúcido y triste, al dudar de ese progreso ambiguo y a la larga una maldición. Pero ese perfil temporal le dura poco, pues ya en el fragmento siguiente termina con él de un plumazo:

Somos, por fortuna, siervos encadenados al capricho de dioses, más fuertes, sí, pero tampoco mejores que nosotros, subordinados ambos a la rigidez férrea de un Destino abstracto, superior a la justicia y a la bondad, ajeno al bien y al mal.

## Sobrenadar como alegría y claridad de la existencia

En esta segunda serie de textos puede señalarse un echar pie a tierra en muchos de ellos, hasta el punto de justificar la posibilidad de llamar novela al conjunto, con personajes evocados en la bruma atlántica lisboeta que lo impregna todo en ocasiones. La oficina, la calle, los atardeceres, los compañeros de trabajo gris. Pero son ráfagas nada más, siempre vuelve a la intemporalidad de un exilio interior sin patria ni casa, escéptico y melancólico.

Me recojo, como en la casa que otros tienen, en casa ajena, en la oficina amplia de la Rua dos Douradores. Me acerco a mi mesa de trabajo como a un baluarte contra la vida. Siento ternura, ternura hasta las lágrimas, por estos libros ajenos donde anoto, por el tintero oscuro del que me sirvo, por la espalda encorvada de Sergio, que hace listas de envíos un poco más allá. Le tengo cariño a todo esto, tal vez porque no tenga otra cosa que amar o, quizás, quizás, porque nada valga el cariño de un alma, y si al final hay que darlo sin más remedio, tanto vale darlo al pequeño objeto que es mi tintero como a la gran indiferencia de las estrellas. (fr. 135).

“Nada... el cariño de un alma”, nueva verbalización, nuevo Verbo. Del tintero a las estrellas. Gran Nadador. Y ese despojamiento que sentí latir en versos propios tantas veces, como aquel “Nada tengo ni nada quiero, nada necesito...” que terminaba con un salto similar del cero al infinito, “mas que un vaso de agua cuando estoy sediento y algo que amar”, o “algo de amar” o “algo de amor”, nunca lo supe bien. Tampoco Soares/Pessoa. (fr. 148)

No tuve más pretensiones que el ser un soñador.  
A quien me habló de vivir no le presté la menor atención.  
He pertenecido siempre al que no está donde estoy yo  
y a lo que nunca pude ser. Todo lo que no era mío,  
por trivial que fuera, siempre ha tenido poesía para mí.  
Nunca he amado nada. Nunca he deseado más  
que lo que ni aun podía imaginar. Nada le he exigido a la vida,  
salvo que pasase por mí sin que yo la sintiese. Del amor sólo he pedido  
que nunca dejara de ser un sueño lejano.

En mis propios paisajes interiores, irreales todos ellos,  
fue siempre lo lejano lo que me atrajo, y en los acueductos  
que se esfumaban casi en la distancia de mis paisajes soñados  
había una especie de dulzura del sueño en relación  
a las otras zonas del paisaje, una dulzura que me hacía amarlos.

Y tras la nueva levantada, un nuevo pie a tierra. Hasta la náusea y la  
sordidez de la vida que le hace extrañarse, salir de sí, refugiarse en el  
sueño y en los mares lejanos. Otra vez; de nuevo: Nada Dores. Desde la  
Rua dos Douradores y las calles de la Baixa, desde la realidad de la  
ciudad y los otros. De salto en salto para sobrevivir inconsciente, pues  
demasiado consciente un corazón dejaría voluntariamente de latir. (fr.  
153)

No son las paredes corrientuchas de mi cuarto,  
ni las mesas viejas de mi oficina, ni la pobreza de las calles  
intermedias de la Baixa, tantas veces recorridas por mí,  
que hasta me parecen haber usurpado la fijación de lo irreparable,  
las que determinan en mi espíritu la náusea, tan frecuente en él,  
de la cotidianidad injuriosa de la vida. Son  
las personas que me rodean habitualmente, son las almas  
que, al desconocerme, todos los días me conocen en la convivencia  
y la charla, que me ponen en la garganta del espíritu el nudo salivar  
del embarazo físico. Es la sordidez monótona de sus vidas,  
igual en su apariencia a la mía, es la conciencia íntima de que son  
mis semejantes, lo que me viste con el traje de rayas del presidiario,  
me da la celda del recluso y me convierte en apócrifo y mendigo.

Es el escritor ya definitivamente al margen: ya ni sabe si le puede salvar  
su propia escritura, a punto de salir definitivamente de sí mismo, al fin  
otro, mas con la conciencia cierta de la pérdida. Tal vez, como en verso  
propio antiguo, con la viva lucidez “de quien no quiere comprender ya  
nunca más”. Perdido para siempre: “Soy como alguien que busca al  
azar, sin saber dónde está escondido el objeto del que ni siquiera le han  
dicho qué es” (fr.194, cuyo final es:)

Mi vanidad la constituyen algunas páginas, unos fragmentos, ciertas dudas.

¿Releo? ¡Mentí! No me atrevo a releer. No puedo releer.  
¿De qué me serviría? Quien está ahí ya es otro. Ya no comprendo nada.

Sentir la alegría de la existencia, en ocasiones de inconsciencia, en un  
descuido del vivir consciente, puede acercar a uno – o tal vez al otro  
descuidado – a la humana vivencia del Nadador.

Cuántas veces, presa de lo superficial y del embrujo,  
me siento hombre.  
Entonces convivo con alegría y existo con claridad.  
Sobrenado.

Entonces me es agradable recibir lo estipulado y volverme a casa.  
Siento el tiempo sin verlo y me agrada todo lo orgánico.  
Si medito, no pienso.  
En esos días me agradan mucho los jardines.  
(fr. 205)

El tiempo de los jardines, cuando el hombre se siente bien en su existencia por un descuido de su propio vivir. Pero eso es la excepción, no la normalidad: “Somos quienes somos, y la vida es rauda y triste” (fr. 226). En una reflexión a propósito del poeta persa Khayyam, vuelve al “nada tengo ni nada quiero, nada necesito” de unos versos propios antiguos, de cuando la juventud. Pero tal vez con más intensidad (fr. 229):

El amor agita y cansa, la acción dispersa y falla.  
Nadie sabe saber y el pensar lo enreda todo.  
Más vale anular en nosotros el desear o el esperar,  
que el tener la fútil pretensión de explicar el mundo,  
o el estulto propósito de enmendarlo o gobernarlo.  
Todo es nada, o como se dice en la Antología Griega,  
*todo procede de la sinrazón*, y es un griego, es decir, un racional,  
quien lo dice.

Es el Pessoa/Soares contundente del “Vivir es ser otro” (f. 235), “La renuncia es la liberación. No querer es poder” (f.246); “Al hombre superiormente inteligente no le queda hoy otro camino que el de la renuncia” (f. 248); o “Vivir es no pensar” (f. 267) y “Escribir es olvidar” (f. 270). Ese tenerlo claro de la razón de la sinrazón, la iluminación del zen, el tao. La eternidad del instante. La eternidad sin más, el estar todo para allá. Como en este ensayo poemático en el que salta de nuevo del jardín urbano íntimo a la música de las esferas (f. 238 completo):

Vivo siempre en el presente. El futuro no lo conozco.  
El pasado ya no es mío. El uno me pesa como la posibilidad de todo,  
y el otro como realidad de nada. No tengo esperanzas  
ni nostalgias. Conociendo lo que mi vida ha sido hasta hoy – tantas veces  
y tan contraria a lo que hubiera deseado –, ¿qué puedo esperar  
de mi vida de mañana, sino que será lo que no espero de ella,  
lo que no deseo, lo que ocurre desde fuera, incluso con el apoyo  
de mi propia voluntad? Nada hay en mi pasado que me empuje  
al deseo inútil de repetirlo. Nunca he sido más que un indicio y un simulacro  
de mí. Mi pasado es todo lo que no he podido ser.  
Ni las sensaciones de los momentos ya idos me animan a la nostalgia:  
lo que se siente exige su momento y, marchando éste, se pasa la página  
y se continúa con la historia, aunque ya el texto sea otro.

Breve sombra oscura de un árbol urbano, leve rumor de agua cayendo  
sobre el estanque triste, verdor regular de la grama – jardín público  
casi en el crepúsculo –, sois para mí y en este preciso momento

el universo entero,  
porque sois el contenido pleno de mi sensación consciente.  
No quiero más de la vida, sino sentir cómo se pierde  
en estas tardes imprevistas, al son de niños ajenos que juegan  
en estos jardines enrejados ante la melancolía de las calles que los cercan  
y tocados, más allá de las altas ramas de los árboles, por un cielo viejo  
donde las estrellas recomienzan.

### “...La rua dos Douradores, es decir, la realidad...” (f, 239)

El anhelo de comprender, que para tantas nobles almas  
sustituye al de hacer, pertenece a la esfera de la sensibilidad.  
[...]

Decían los argonautas que navegar era preciso, pero no así vivir.  
Nosotros, Argonautas de la sensibilidad enferma,  
digamos nosotros que sentir es necesario, pero no así vivir.

Es el final del fragmento 256. La rúa dos Douradores, ese paisaje urbano real, parece transmutarse en paisaje marino lejano, ajeno al sentido, a pesar de ser la realidad. “No ser más, no poseer más, no querer más...” (f.260). Nuevamente, la mística de la renuncia, la del despojamiento. La nostalgia del no ser. “...lúcido y triste como un día de frío” (f.290).

Hay un momento emocionante en el que Pessoa/Soares, como el Cervantes cuatro días antes de morir, piensa en el después del después, en su recepción en un futuro hasta lejano y por unos otros que tal vez también podrán comprenderle mejor que sus contemporáneos, pues “no son los tiempos unos” de la despedida cervantina... Es el fragmento 292 completo que no me resisto a reproducir; más que nada, para mí mismo, para tenerlo a mano y recurrir a él y a recordarlo.

Pienso a veces, con un deleite triste, que si un día, en un futuro al que ya no pertenezca, estas frases que escribo durasen como algo meritorio, tendré al fin gentes que me “comprenderán”, los míos, la familia verdadera para nacer en ella y ser amado. Pero, lejos de nacer en ella, yo habré muerto hace mucho. Seré comprendido sólo en efígie, cuando ya el afecto no compense ni el desafecto tampoco a quien ha muerto con desafección, cuando aún estaba vivo.

Un día tal vez se entienda que he cumplido, como ningún otro, mi deber nato de intérprete de una parte de nuestro siglo; y cuando lo comprendan, escribirán que en mi tiempo fui incomprendido, que viví entre desafectos y frialdades y que ha sido una pena que todo ocurriese de ese modo. Y quien escriba esto será, en la época en la que lo escriba, incomprendedor, como los que ahora me rodean, congénere mío en el tiempo futuro.

Porque los hombres sólo aprenden para sus bisabuelos,  
que ya han muerto. Sólo a los muertos sabemos enseñar  
las verdaderas reglas de la vida.

\*

En la tarde en la que escribo, el día de lluvia ha cesado.  
La alegría del aire es demasiado fría para la piel. El día va acabando  
no en gris, sino en azul celeste. Un azul vago se refleja,  
incluso en las piedras de la calle. Duele vivir, pero es desde lejos.  
Sentir importa poco. Se enciende algún que otro escaparate.  
En una ventana u otra hay gente que va acabando su faena.  
El mendigo que pasa rozándome se asombraría si me conociese.

En el azul menos pálido y menos azul, que se refleja en los edificios,  
atardece algo más la hora indefinida.

Cae levemente el día, en el que los que creen y se equivocan,  
se encadenan al trabajo ordinario y poseen en su propio dolor  
la felicidad de la inconsciencia, Cae levemente, ola de luz  
que se detiene, melancolía de tarde inútil, bruma sin niebla  
que entra en mi corazón. Cae levemente, suave, indefinida palidez  
lúcida y azul de la tarde acuática – leve, suave, triste  
sobre la tierra simple y fría. Cae levemente,  
ceniza invisible, monotonía triste, hastío sin adormecimiento.

De un futuro entrevisto a un presente triste; rúa dos Douradores,  
realidad. “Nadie me quiso creer... Ternura por lo que nunca llegó a  
suceder” (f. 293). De nuevo esa nostalgia del no ser, ese mal indefinido  
que carcome y la tentación, tal vez pasajera, de la huida; una huida que  
tampoco tiene destino, pues, como en el viejo verso propio lejano, “partir  
para llegar a alguna parte no es partir”. Como en este fragmento de  
fragmento (f.306):

Mi deseo es huir. Huir hacia lo que conozco, huir a lo que es mío,  
huir a lo que amo. Deseo partir – no hacia las Indias Imposibles  
o hacia las grandes islas del Sur de todo, sino hacia un lugar cualquiera  
– aldea o desierto – que reúna en sí el no ser este sitio. No quiero  
volver a ver estos rostros, esto hábitos, estos días. Quiero descansar,  
ajeno a mi fingimiento orgánico.

[...]

La esclavitud es la ley de la vida, y no existe más ley que ésa,  
porque tiene que cumplirse, sin rebelión posible y sin refugio que hallar.  
Unos nacen ya esclavos, otros se hacen esclavos, a otros  
la esclavitud les viene impuesta. El cobarde amor  
que todos tenemos a la libertad – que, en caso de tenerla,  
nos sorprendería por nueva, y la acabaríamos rechazando –  
es la verdadera señal del peso de nuestra esclavitud.

[...]



Yo mismo, que me ahogo en el lugar donde estoy, porque estoy en él,  
¿dónde respiraría mejor, si la enfermedad está en los pulmones  
y no en el aire que me rodea? A mí, que tanto ansío el sol puro  
y los campos libres, el mar visible y el horizonte abierto,  
¿quién me asegura que no extrañaría la cama o la comida,  
el no tener que bajar los ocho tramos de escalera hasta la calle,  
o el no entrar en el estanco de la esquina,  
o el no cambiar los buenos días con el barbero ocioso?

Su límite vital, “Náufrago en mi deambular”, podría ser – “Quisiera dormir  
mientras ando” – la inconsciencia absoluta: “¡Tengo sueño, mucho  
sueño, todo el sueño!” (f.315). Y así, la escritura misma se convierte en  
una pasión inútil. (f.325):

Para mí escribir es despreciarme, pero no logro dejar de escribir.  
Escribir es como la droga que me repugna pero que sigo tomando,  
el vicio que desprecio pero en el que vivo.

Y tampoco el resultado de la escritura es plenitud, pues aunque “nos  
apabulla la tensión de perfección que se halla en los grandes artistas”,  
“amamos su aproximación a lo perfecto, pero sólo lo amamos porque es  
mera aproximación” (f.327). Ni siquiera ese consuelo, pues, sacia; prima  
la conciencia del fracaso: “Soy un estratega sombrío que, habiendo  
perdido todas las batallas, traza ya en sus planos, disfrutándolos, los  
pormenores de su fatal retirada, en la víspera de la batalla”. Por todo ello  
no es extraño que su conclusión, coherente en el fondo, sea  
contundente: “Y lo que quiero es dormir” (f.333).

## “Existan dioses o no, somos sus siervos” (f. 395)

Nubes...

¡Qué desasosiego cuando siento, qué desazón cuando pienso,  
qué inutilidad cuando quiero!

Nubes...

(f.341).

Ésta es mi moral, mi metafísica y yo: transeúnte de todo  
– hasta de mi propia alma –, a nada pertenezco, no deseo nada,  
no soy nada –centro abstracto de sensaciones impersonales,  
espejo caído y sensible, vuelto hacia la diversidad del mundo.  
De modo que no sé si soy feliz así, pero tampoco me importa.  
(f.343).

En un momento en el que hasta la felicidad del poder dormir le es  
negada – “sería feliz si pudiera dormir. Esta opinión es de ahora, porque  
no duermo” (f.356) – el autor o escribiente recuerda su orfandad, “ese  
calor ausente y nostalgia inútil por los besos que no recuerdo”, pues su  
madre “murió cuando yo tenía un año”, y “mi padre, que vivía lejos, se

mató cuando yo tenía tres años y no llegué a conocerlo” (f. 359). Y sin duda eso lo relaciona con su angustia y se comprende mejor el título dado en el inicio de esta segunda serie de fragmentos de los años finales de vida de Pessoa/Soares: “Fragmentos para una autobiografía”. Es más anclada a su tiempo esta segunda serie – y el hecho de esa voluntad de serlo sería, como hemos dicho anteriormente, su fechar los textos minuciosamente – sin dejar de ser al mismo tiempo tan intemporal como la primera; y esos dos extremos se tocan en ocasiones de manera dramática, como en ese final del f.360:

¡Poder saber pensar! ¡Poder saber sentir!

Mi madre murió muy pronto y yo no la llegué a conocer...

Pero en esa tensión entre la huida y la realidad, resuelta siempre a medias por la escritura, hay momentos especialmente dramáticos e inconclusos, en el que la escritura misma parece balbucear y ese mismo balbuceo es clarificador. Como aquel “Buceo en el balbuceo” del poeta panameño Simons. Uno de esos momentos se da en el f. 383, en su parte central, con una frase incompleta que el editor Moya ha señalado con un signo que nosotros conservamos así [], que sería una palabra dejada en blanco en el cuaderno original manuscrito por el escritor.

En los sueños soy lo mismo que el mozo o la costurera.  
Sólo me distingo de ellos en el saber escribir. Sí, es un acto,  
una realidad mía que me diferencia de ellos. En el alma soy igual a ellos.

\*

Sé que hay islas del Sur, grandes pasiones cosmopolitas y []

\*

Si tuviese el mundo en las manos lo cambiaría, de verdad,  
por un billete para Rua dos Douradores.

Y sabiendo que la rúa de los Doradores es la realidad, como ha precisado en otro momento, y que es necesario sentir, aunque no así vivir, como para los argonautas era necesario navegar aunque no tanto vivir, otra soberbia aseveración nos desasosiega algo más adelante: “Manda quien no siente” (f.386). Que completa de alguna manera misteriosa ese fragmento completo (f.395) y clarividente: “Existan dioses o no, somos sus siervos”. Y parece, con ello, cerrarse un ciclo expresivo – en el fragmento 410 – con una suerte de balbuceo total, después de unas afirmaciones rotundas y asombrosas contra la acción misma transformadora de los hombres, y que genera un periodo de aljamiento de la escritura, pues el fragmento siguiente, el 411, comienza así: “Han pasado meses desde lo último que escribí”. He aquí ese final de de fragmento con indecisiones tales que lo hace confuso y por ello más sugerente aún, y precisamente por el esfuerzo añadido de desear hacerlo con más anclajes a su tiempo histórico y menos atemporalidad que el resto de los fragmentos del libro. Un laberinto, de momento, sin salida.

Los soñadores de milenios – socialistas, anarquistas, humanitarios de toda laya – me producen una náusea física al estómago. Son los idealistas sin ideal. Son los pensadores sin pensamiento. Los que viven la superficie de la vida con la fatalidad de una basura que flota en la superficie del agua y que se cree hermosa porque las conchas dispersas flotan también en la superficie del agua.

-----

La [] de quienes no fueron amados, ni queridos, ni [], y tuvieran de la vida una noción de náusea, un malestar de sensaciones constante, un [] de respiración.

Y ahí, con esa náusea ante la acción con ideal transformador se equipara ante la náusea de vivir de alguien que añorara el haber sido amado... de alguna manera, y enlaza con esa fatalidad de una orfandad sentida, con algo ambiguo o vago como es un Destino aciago, tal vez, o [].

## Nada, nada, parte de la noche y del silencio...

El fragmento 411 parece iniciar el último tramo del libro del desasosiego, en el que le nada sustantivo se puede hacer verbo y seguro que Pessoa sonrío socarrón...

Han pasado meses desde lo último que escribí. He estado en un sueño del entendimiento por el cual he sido otro en la vida.

Una sensación de felicidad vicaria me ha frecuentado. No he existido, he sido otro, he vivido sin pensar.

De repente, hoy he vuelto al que soy o sueño ser. Ha sido durante un momento de gran cansancio, después de un trabajo sin más. Puse la cabeza contra las manos, e hiqué bien los codos sobre la mesa alta e inclinada. Y al cerrar los ojos, me reencontré conmigo.

[...]

Sentí de inmediato la inutilidad de la vida.

Vivir sin pensar como la belleza inconsciente... Pensar como una maldición... Y verse, ver su propio rostro una desgracia. Las aguas no fueron para nadar sino para contemplarse... (f. 415):

El hombre no debiera ver su propio rostro. Eso es lo más terrible. La Naturaleza le ha dado el poder de no verlo, así como el de no poder mirar en sus propios ojos.

Sólo en las aguas de ríos y lagos el hombre podía observar su rostro

y la postura que debía adoptar era, en consecuencia, simbólica.  
Se tenía que inclinar, agacharse, para cometer la ignominia de verse.

El inventor del espejo envenenó el alma humana.

Nuevamente me asaltan recuerdos de versos propios lejanos, anclados tanto en el barroco “todo hombre es una isla” de Donne como en el “estoy triste, he leído todos los libros” de Mallarmée... Citas de citas, recitados, y la palabra como la más tosca manera de comunicarse entre la gente, en el fondo, “Veo, y eso ya es mucho. ¿quién es capaz de entender?”; del f. 430, que comienza así:

Nadie comprende al otro. Somos, como dijo el poeta,  
islas en el mar de la vida;  
entre nosotros corre el mar que nos define y separa.  
Por más que un alma se esfuerce por saber lo que es otra alma,  
no sabrá más de lo que le diga una palabra – sombra disforme  
en el suelo de su entendimiento.

Sin posibilidad de conocerse a sí, sin posibilidad de conocer al otro, la existencia como fracaso, el ser como aproximación, como un antes de o previo eterno, como un circunloquio. Y de nuevo, esas tentaciones aquí y allá a lo largo de estos fragmentos, el intento de racionalizar un porqué tanta desdicha o tanta nada que amenaza, sustantiva, total. Es el f. 467, eso es, una nueva tentación racionalizador, ya más próximo el fin.

Medito si todo en la vida no será la degeneración de algo,  
si el ser no será una aproximación – una víspera o un circunloquio.

De la misma manera que el cristianismo fue degeneración bastarda del neroplatonismo aguado, la judeización del helenismo falso por el romano, nuestra época, senil y cancerígena, es el desvío múltiple de todos los grandes objetivos, confluyentes y opuestos, de cuyo fracaso surgió la era en la que fracasaron.

Vivimos un entreacto con orquesta.

¿Pero a mí qué más me dan, en este cuarto piso, todas estas sociologías? Todo esto es sueño para mí, como las princesas de Babilonia, y el ocuparnos de la humanidad es fútil, fútil – una arqueología del presente.

Me sumiré en la niebla, como un extranjero total,  
isla humana desprendida del sueño del mar y navío con ser superfluo  
a ras de todo.

Y ya todo conduce a la Nada, Sustantivo que al hacerse Verbo se convierte en imperativo categórico: nada, nada, aguanta, resiste, como el grito punki contemporáneo, o aquel irónico y terrible “nos están meando y dicen que llueve”, o qué sé puede decir de tanta desdicha.

“Combatir es no ser capaz de combatirse. Reformar es no tener enmienda posible” (f. 471). O ese balbuceo que es el fragmento 475: “...el sagrado instinto de no tener teorías...” De alguna manera, salvador. Justificación de un cuelgue esencial, absoluto, a punto de hundirse en el no ser de la inconsciencia, que a la vez es la vida. Y si queda algo, tal vez el consuelo de un nominalismo más, de la literatura. Como ese f. 489, en el que hasta la historia parece que desaparece ante la literatura.

La literatura, que es el arte unido al pensamiento y una elaboración sin mancha de la realidad, me parece el fin hacia el cual debieran tender todos los esfuerzos humanos, si fuesen verdaderamente humanos, y no una superficialidad animal. Estimo que decir una cosa es conservar en ella la virtud y sacarle el sabor. Los campos son más verdes en su discurso que en su verdor. Las flores, si acaso fueran descritas con frases que las definan en el vuelo de su imaginación, tendrán colores de una permanencia que la vida celular no consiente.

Moverse es vivir, decir es sobrevivir. No hay nada real en la vida que no lo sea por haberse descrito bien.  
[...]

No creo que la historia se más, en su gran panorama embotado, que un descubrir las interpretaciones, en consenso confuso de testimonios desviados.

Podría pensarse en un nominalismo absoluto, similar a aquel clásico de la China Tang, que en una de sus máximas principales la traducción a una lengua occidental se presentaba como confusa o dudosa, pues no se podría saber si la traducción exacta era que la literatura era la más lograda creación del estado o el estado la máxima creación de la literatura. Pero esa misma confianza ciega en la salvación literaria también se le volvía en contra al autor: “Todo lo que he escrito es gris. Diríase que mi vida, incluida la mental, es un día de lluvia lenta...” Hasta llegar a la constatación esencial de un engaño supremo (todo en f. 491):

He naufragado sin tormenta en un mar donde se puede estar de pie.

Como ahogarse en un vaso de agua. Sensación de absoluto fracaso existencial y hasta negación de un sí mismo individual o personal que no sea esa niebla del “ser con” (f.500), esa niebla de la nada, sustantivo que quisiéramos convertir – en esta nota de lectura caprichosa, a la vez ensayo de ensayo poemático – en verbo.

Todo lo que existe, existe tal vez porque otra cosa está existiendo. Nada es, sino que coexiste: tal vez así sea cierto. Siento que no existiría ahora – que no existiría al menos de la manera en que estoy existiendo, con esta conciencia presente de mí,

que, al ser consciencia y estar presente, es enteramente yo –  
si ese farol no estuviese encendido allá, en alguna parte,  
sin que nada insinúe el falso privilegio de su altura. Siento esto  
al no sentir ya nada. Pienso esto porque esto es nada. Nada, nada,  
parte de la noche y del silencio  
y de lo que para ambos significo de miserable, de negativo,  
de circunstancial, espacio entre mi ser y mi ser,  
cosa trasconejada por algún dios...

Nada, nada como verbo imperativo convierte el desaliento del ser en acción acuática, en milagro. Ese espacio entre yo y yo como cosa extraviada o perdida por algún dios, cuando el autor (f. 517) se considera “harto de lo que no he tenido ni tendré, aburrido de dioses que no existen”. Todo sería literatura, desde la máxima (f.506) “es de vital importancia que no amemos”, escrita entre paréntesis, hasta la utópica aseveración (f.512): “Ser es ser libre”. Hay, sin embargo, un remanso literario, como un claro del bosque, una ráfaga de luz en la oscuridad, y como abrirse del cielo tras los chubascos, que termina de conectar, de alguna manera, esa habitación en el cuarto piso de la rua dos Douradores de nuevo con el Nada Dores, esa realidad posible inconsciente y bella, previa al pensamiento y al juicio, de nuevo la belleza inconsciente de sí misma, la existencia más pura y hasta previa a los dioses, a esos dioses que ya se sabe que no existen (f.521).

¡Corre tranquila, vida que no se siente, arroyuelo en silencio móvil  
bajo los olvidados árboles! ¡Corre blanda, alma  
que no se conoce a sí misma, murmullo que no se ve más allá  
de las grandes ramas desgajadas! ¡Corre inútil, sin razón, consciencia  
que no lo es de nada, indiferente brillo a lo lejos, entre claros de hojas,  
que nadie sabe de dónde vienen ni hacia dónde van!  
¡Corre, corre y déjame olvidar!

Vano soplo del que no puedo vivir, sorbo frustrado  
de lo que no se puede sentir, murmullo inútil sobre el que no quise  
pensar, márchate lento, lacio, márchate en tus propios torbellinos  
y en las rampas que llegan hasta ti, márchate hacia la sombra  
o hacia la luz, hermano del mundo, márchate hacia la gloria  
o hacia el abismo, hijo del Caos y de la Noche, recordando aún,  
en cualquier rincón tuyo, que los dioses vinieron después,  
que los Dioses también pasan.

Pero eso es literatura pura, pura literatura, remanso de paz, consciencia de la existencia plena, íntimo instante, ardor fugaz... Pie a tierra y salto a las estrellas, final que se abalanza sobre uno, y como en versos propios antiguos, “suicidio de tanto amar la vida anhelando la muerte como un canto final de tanta dicha”, literatura y sobresalto. Pessoa/Soares en su cuartito de la rua dos Douradores, la realidad, está convirtiendo en narración, en novela, tanto desasosiego, sin por ello

haber conseguido abandonar, ni por un instante o fragmento, la poesía intemporal, el verso poderoso, al fin la realidad más honda. (f.525):

Me veo en el cuarto piso de la Rua dos Douradores,  
me siento con sueño. Observo el papel escrito a medias,  
mientras la vida carece de belleza y suelto el cigarro barato  
sobre el papel usado. Aquí sigo, en este cuarto piso,  
interpelando a la vida, dando voz a las almas,  
prosificando como los genios y las celebridades. ¡Yo aquí, así...!

Y es desde allí desde donde su alma nada por el espacio, al fin ajena y libre, nada, nada... (f.522)

Y desde la ventana de mi cuarto contemplo,  
pobre alma cansada de su propio cuerpo, muchas estrellas;  
muchas estrellas,  
nada, la nada,  
muchas estrellas...

Nunca tanta belleza, tanta lucidez. Tanta vida eterna, y esa conversión final del Sustantivo en Verbo para poder terminar de comprender que su muerte pudo ser ese “canto final de tanta dicha”. Es el salto final, del sustantivo al imperativo... (f.527)

Nada más... Un poco de sol, un poco de brisa,  
unos árboles que se distinguen en la distancia, el deseo de ser feliz,  
la tristeza del transcurso de los días, la ciencia siempre incierta  
y la verdad por descubrir...

Nada más, nada más...

Eso, nada más...

## NADA MÁS, sobrenada la nada...

Y eso es todo. *El libro del desasosiego* termina con un sencillo *qué fue de las flores de antaño... cómo llega la muerte tan callando...* Citas y recitados. La literatura que importa más que la vida. Si la vida fue esto.

Al dejar de ver las caras que veía habitualmente en mis calles,  
entristezco; y no significaban nada, a no ser como símbolos de la vida.

¿El viejo sin interés de las polainas sucias, que se cruzaba conmigo  
a las nueve y media de la mañana? ¿El lotero cojo  
que me importunaba inútilmente? ¿El viejo rechoncho y colorado del puro  
en la boca en la puerta del estanco? ¿Qué fue de todos ellos,  
que, de tanto verlos y volverlos a ver, formaban ya parte de mi vida?  
Mañana también yo me iré de la Rua da Prata,  
de la Rua dos Douradores, de la Rua dos Franqueiros.  
Mañana yo también – el alma que siente y piensa,  
el universo que soy para mí mismo –, sí, mañana seré yo mismo



el que dejó de pasar por esas calles, el que otros evocarán vagamente con un “¿qué habrá sido de él?”.

Y todo cuanto hago, todo cuanto siento, todo cuanto vivo, no será más que un peatón menos en la normalidad de una calle de una ciudad cualquiera.

\*\*\*

¿Cómo no iba a querer incluir a Pessoa en mi colección siempre imperfecta y abierta, incompleta por esencia, de Nadadores? Y en un lugar de honor, pues aunque el nadar pudiera parecerle una inclusión desagradable del cuerpo en su vida que le hubiera distraído de su ensimismamiento en la literatura, era un Nadador Cósmico, un estudioso de los astros y los horóscopos, de un más allá sólo entrevisto desde su ventana en el cuarto piso de una Rua dos Douradores que tal vez nunca existió; como nunca existió su madre muerta cuando él era aún un bebé, si es que eso no le sucediera a Bernardo Soares exclusivamente, salto literario más real que la realidad misma de la rúa de los Doradores, orfandad prematura aunque sólo de padre, orfandad de maestro y guía, orfandad en un tiempo convulso de orfandades y muertes prematuras. Tal como el nuestro hoy, siglo veintiuno de mascarillas y escafandras, de virus silenciosos y eternos como el hombre eterno que se muere entre dioses moribundos y sádicos que nunca parecen terminar de morir y de dejar en paz a los mortales con su muerte.

Bernardo Soares, por mano de Fernando Pessoa, desde su ventanita de un cuarto piso de cualquier ciudad en la noche estrellada de una rúa de doradores, la realidad, lo está recordando a todos: nada, nada dores.



